

Política eclesiástica, pertenencia e identidad cristiana

Giancarlo Zixola, autor agudo y reconocida figura del alto y mejor periodismo italiano, ha publicado en *Bozze* un estudio comedido y penetrante sobre la política de Juan Pablo II ("La política internazionale della Santa Sede: Senso e Potenza", *Bozze* 1993, Roma, pp. 93-127). En el mismo número de la revista, el igualmente admirado Giulio Girardi, quien después de enseñar en las academias pontificias de Roma y París se ha dedicado por completo a la causa de los oprimidos, sobre todo en América Latina, escribe otro no menos penetrante estudio sobre la política que sigue el Vaticano en contra de la teología de la liberación y contra otros movimientos religiosos católicos que desean un cambio estructural en la situación latinoamericana, como puede ser por ejemplo el caso de la Confederación Latino Americana de Religiosos, ("Riflessioni dopo le celebrazioni della conquista: Sottrarsi al ricatto del realismo político", *Bozze*, 1993, Roma, pp. 69-91). La *Nouvelle Revue Théologique* publica también un artículo extraordinariamente lúcido sobre la historia de la iglesia de Haití escrito por el dominico Gilles Danroc ("L'Eglise d' Haïti: Histoire d'une naissance", *Nouvelle Revue Théologique*, 1993, Namur, 115, 1, pp. 69-84).

Cada uno de estos tres excelentes trabajos ejemplifica las respectivas partes de que se compone el título de este comentario.

La política eclesiástica del Papa actual parece

ser una política inteligente y coherente dirigida hacia la restauración de una cristiandad modernizada y con vitalidad suficiente para llevar a cabo la deseada conversión cristiana del mundo. Las intenciones no pueden ser mejores y no puede negarse el balance positivo de muchos aspectos de la política vaticana a alto nivel, tanto con respecto a Europa como a otras partes del mundo. En este sentido, se trata de una labor extraordinaria e ingente de una cancillería política, llevada a cabo sin ambiciones personales, territoriales, ni tan sólo económicas, como suele ser muy a menudo el caso en situaciones semejantes.

Pero dicho lo anterior, debe añadirse que se trata de una *Realpolitik*. Es uno de tantos ejemplos de la historia, *mutatis mutandis*, desde Ashoka, Alejandro Magno, Akbar, Alejandro VI, Carlos V, Napoleón o Bismark: alianza de poderes, mal menor, oportunidad política, simulaciones, disimulaciones, acciones secretas, lucha diplomática, etc. Cuando este papado empezó en 1978, el Vaticano poseía 89 nunciaturas llamadas apostólicas. En 1992 había 143. La diplomacia vaticana es una fuerza mayor indiscutible en la constelación política de hoy. Es posiblemente la mejor organización mundial en todos los órdenes y su prestigio en los órganos oficiales de política internacional es indiscutible. Es política eclesiástica, esto es, actuación secular y pública en vistas al bien común por parte de un minúsculo Estado moderno, heredero histó-

rico de más de un milenio de poder temporal, sobre todo europeo, y desde luego exclusivamente occidental.

Uno puede aliarse con esta política y considerarla salvadora. Más aún, discrepando sobre muchos de los asuntos políticos llevados a cabo por el Vaticano no creo que un simple individuo pueda colocarse a la misma altura que la atalaya vaticana ni la personalidad del Papa, por lo cual una posible discrepancia mía, por ejemplo, debería afectarse prudentemente de un coeficiente que disminuyese el valor de mis opciones individuales. Yo personalmente estaría incluso dispuesto a darle mi voto político y mi confianza. La realidad es jerárquica, nos guste o no. Y me parece inteligente y justo aceptarlo. El actual pontificado, nos viene a decir Zizola, busca dar un *sentido* a la vida a través del *poder* tanto político como religioso.

Nuestro autor sospecha que las sociedades civiles dan la impresión de “aplaudir al cantante para no escuchar la canción”. Y termina diciendo que el “pontificado más político de este siglo parece autorizar la conclusión, que una vez más, no son los instrumentos de la potencia política los más idóneos para la creación de sentido...”.

Sea de ello lo que fuere, lo que no puede pretenderse bajo ningún concepto es vincular esta política eclesiástica al misterio de la Iglesia tal como la tradición cristiana se ha interpretado a sí misma desde el inicio y el Concilio Vaticano II lo ha confirmado explícitamente. Lo que no puede en manera alguna admitirse es que un miembro del cuerpo místico de Cristo, sin excluir a un católico, apostólico y romano, que una persona que tenga fe en Jesucristo deba identificarse con tal política o deba aceptarla como la acción política indispensable para la instauración del reino de Dios sobre la tierra.

Puede dudarse incluso que tal política eclesiástica sea positiva para el ideal cristiano y puede incluso pensarse que acaso pertenezca a aquel reino que el diablo mismo ofreció a Jesús en el desierto y que el joven (y, desde el prisma de cual-



quier secretaria de Estado, inexperto) hijo de María rechazó de plano aun antes de empezar su misión pública, que no debemos tener reparos en llamar política. Lo público es lo político. Pero Cristo no quiso ser un *führer* político, y aunque al parecer tuviera divisiones angélicas a su servicio, no quiso servirse ni del poder ni de la diplomacia para proclamar el “reino” o para “defender sus intereses”. Acaso no los tuviera. Y si le quedaba un resto de interés propio lo perdió definitivamente en Getsemaní... Pero ya antes nos había conminado a no separar intempestivamente el trigo de la cizaña —que crecían gracias a un mismo sol y a una misma lluvia, ambas manifestaciones de un mismo padre. *Intelligenti pauca.*

En otras palabras: un cristiano, ni tampoco un católico es un miembro del partido político capitaneado por el Vaticano. Y de hecho conozco a tantos no cristianos que defienden la tal política (y con argumentos nada débiles) como a católicos, quienes, por lo menos, sienten una cierta incomodidad si se identifica su fe cristiana con una causa política, por noble y elevada que sea.

La unión personal entre el jefe del Estado Vaticano y el vicario de la Iglesia visible de Cristo, restos muy legítimos y válidos de cristiandad, no debería confundir la fe de los cristianos, puesto que la cabeza de la Iglesia sigue siendo Cristo. La enorme y merecida autoridad que el Estado Vaticano indiscutiblemente posee, no tiene, sin embargo, ningún sello sacramental —para decirlo teoló-

gicamente. No se trata de hacer demagogia ni de escandalizarse del poder temporal de la Iglesia ni por parte de súbditos ni de autoridades. Ya deberíamos ser adultos y es muy saludable que tales situaciones nos ayuden a serlo más. San Francisco de Asís no se escandalizó del poder temporal del papado, ni los papas y cardenales del tiempo condenaron al *Poverello de Assisi* a pesar de seguir caminos políticos opuestos.

Hablo sencillamente de discernimiento de espíritus en el sentido más tradicional. O dicho de manera más liviana: no se puede repicar (el advenimiento del reino de Dios) e ir en la procesión (del cortejo político de los poderosos).

Pero, por otra parte, *la pertenencia eclesial* no es algo desencarnado y apolítico. Lo más natural al hombre, esto es, lo que pertenece más profunda y ónticamente, es lo sobrenatural —para decirlo con la teología post-escolástica. La gracia no es un pegote artificial que enajena al hombre, para repetirlo con otro lenguaje. La Iglesia es peregrinante y por lo menos levanta polvo al andar y puede incluso hasta consumir gasolina.

Y aquí el segundo artículo de Girardi es paradigmático. Los cristianos del viejo mundo desde hace medio milenio han implantado su manera de vivir la religión y su política en el nuevo mundo; y siguen haciéndolo hoy día, con la consiguiente reacción, protesta y rebelión de aquellos que creen que el evangelio dice otra cosa. No hay por qué escandalizarse de que nuncios y arzobispados sean amigos de dictadores y “contras”. Sus razones tendrán. Uno puede maravillarse de que el Estado Vaticano sea el único que haya reconocido el régimen militar de Haití que obligó al presidente Aristide a huir; pero no hay obligación de creer que esto sea lo mejor para aquel pueblo. Lo que sí hay que añadir es que se comprende que un ingente número de católicos tenga otra lectura de los signos de los tiempos y se apreste a constituirse en comunidades que no acepten la dicotomía entre el reino de los cielos y su justicia. La pertenencia eclesial los aglutina para conseguir lo que el evangelio no separa: la justificación y la justicia.

“El cristianismo es la versión religiosa de la lógica imperial”, y esta ideología de la conquista

continúa siendo la que inspira actualmente el Vaticano, nos viene a decir Girardi. De ahí que si desde la óptica de los vencedores la conquista significó evangelización, desde el punto de vista de los indígenas no hubo tal evangelización y sí, en cambio, un genocidio.

Que exista un pluralismo político dentro del cristianismo es una forma pacífica de decirlo. Pero hay que introducir aquí una distinción importante. Mientras el oprimido o si se quiere el cristiano de a pie, simple miembro de esto que convenimos en llamar Iglesia, puede identificarse con una postura política, puesto que en ella ve la encarnación de su fe, la autoridad, el miembro de la jerarquía con función de gobierno y con poder, no puede en manera alguna identificar su visión política con su fe cristiana, y representaría por tanto un abuso de poder si lo hiciera. Jesús no fue zelote ni esenio, pero no prohibió que sus seguidores lo fueran. Hay muchas mansiones en la casa del padre.

Hay más aún. La gran lección de este cristianismo del nuevo mundo es precisamente su dimensión política, o sea, de encarnación, muy distinta a la cristiandad europea y al régimen que la ha seguido. Por demasiado tiempo se le ha predicado sumisión, paciencia y resignación al “pueblo” —por parte de los vencedores e instalados. No es que el pueblo también sea Iglesia; es que él es la Iglesia. Los otros son la jerarquía (no los mandones ciertamente) de ésta, esto es, de aquella Iglesia.

Dicho con otras palabras, la existencia cristiana exige una actitud política, una pertenencia eclesial con un cariz político, aunque éste no sea el de la política eclesiástica de la Iglesia oficial. No es ser mal católico oponerse a la política eclesiástica, como Pablo, Jerónimo, Bernardo, Catarina de Siena, Juana de Arco, Galilei, Carlos V, De Nobili y tantos otros demuestran, por no citar a un buen número de fundadores de órdenes religiosas, cuyo carisma consistía precisamente en esto, luchar contra la Iglesia oficial, sin por ello romper la comunión mística.

Pero también aquí deber haber un discernimiento de espíritus. Y en este lugar el tercer artículo mencionado nos sirve de punto de partida.

Por mucho que uno se identifique con los oprimidos y haga causa con una Iglesia local cuya fe se encarna en esta identificación, no podemos negar que la vida humana es un misterio, y que la Iglesia es una manifestación de esta profundidad de la existencia humana, que hay algo así como muerte y resurrección, algo así como una alegría cristiana y humana que trasciende el éxito y el fracaso, la política y la temporalidad, que las lágrimas, para parafrasear al salmo son también agua fecunda para la cosecha, que no somos los señores de la historia, ni tan siquiera de nuestras vidas, que escrito está que quien juzga, traiciona al hermano, porque nadie puede juzgar a nadie en esta tierra. Digo a nadie y no nada. No se trata de renunciar a una cierta pretensión de objetividad.

En otras palabras, *la identidad cristiana* no consiste en defender un *status quo* político o en defender la rebelión de los oprimidos. *De internis non iudicat ecclesia*, decía incluso la Iglesia inquisitorial, de manera que un hereje condenado a la hoguera podía ser un santo e ir directamente al cielo. La identidad cristiana pertenece a otro nivel. Y es en este nivel, el místico, el más profundo, en donde radica la fe. Dios dejó el mundo a las disputas de los hombres nos dice ya la Biblia. Pero debemos aprender que esta palabra no es la guerra fría, templada o caliente en la arena de la hipocresía, de la diplomacia o del poder.

El misterio de la Iglesia no es una arena de gladiadores, de cruzados ni de "perlados" (que diría la madre Teresa, de Avila naturalmente) en la que se mata al vencido, se conquista al infiel o se condena al hereje. El misterio de la Iglesia es más bien un *ágora* en donde el ministerio de la palabra, el arte de la conversación y la paciencia de la

escucha nos acercan a un "reino de los cielos" que no está "dentro" de nosotros en un intimismo individualista, ni "alrededor" nuestro en un colectivismo despersonalizador, sino "entre" (*entos*) todos aquellos que quieren entrar en la danza, esto es, en la *perichoresis* trinitaria a la que está llamado a participar el ser humano. *Fides ex auditu* dice la Escritura; esto es, la fe consiste en oír esta música que nos invita a la danza cosmoteándrica. De ahí la buena nueva, aun para aquellos que han oído la sinfonía por poco tiempo y han podido gozar sólo de unos pocos compases.

Dicho de otra manera más llana. La Iglesia no es un tinglado en donde se producen bienes espirituales para uso de aquellos consumidores que se llaman a sí mismos creyentes. Tampoco es un club que consigue ventajas espirituales a aquellos socios que paguen regularmente sus cuotas. Ella es ciertamente un cuerpo visible, material e histórico, pero no es un cadáver. Si tuviera que hablar desde otras culturas, diría que tiene una pluralidad de cuerpos. Utilizando un lenguaje platónico diría que tiene alma invisible que llega hasta ilimitados confines según la vitalidad del cuerpo. "La Iglesia no nace del pueblo, sino de la respuesta del pueblo a una propuesta de liberación a través de la fe", nos afirma Danroc. No es ciertamente una organización democrática compuesta de una suma desconectada de individuos, sino un organismo vivo en el que cada miembro es diferente y está libremente, esto es, ontológicamente vinculado al todo tanto para su bien como para la salvación de la comunidad humana y aun cósmica. La identidad cristiana no excomulga: es un misterio de comunión.

Raimon Panikkar